



ÁFRICA EN TU ESPEJO

POR LUCÍA KUSIAL SINGH

Kamalí yace acostada en el regazo de su abuela, con las falanges de su mano derecha extendidas sosteniendo su quijada, como esos cuerpos extasiados contemplando un suceso maravilloso. A su lado, junto a los pies de la matriarca de la casa, está Marquesa, acostada en el piso, con su mamadera de leche con crema, sirviendo de biberón una botella de royal crown. Chupaba la improvisada tetera como una niña consentida. Sus patitas marrones le servían de colchón para sostener la cabeza curiosa y alerta. De vez en cuando se rascaba con sus extremidades las orejitas, espantando algún moscón imprudente.

La perra marquesa era la guardiana incondicional de la abuela de Kamalí, no se separaba de ella ni a sol ni a sombra. La responsable de los hermosos rasgos de Kamalí había escuchado decir alguna vez que *“todo niño necesita aprender a vivir de los relatos”*, y

así es como todas las tardes contaba a su nieta Kamalí, vivaracha, de ojos aceituna, inquietos como dos luciérnagas, historias diferentes.

Cuentan que el Vizconde Francés Ferdinand de Lesseps, padre de diecisiete hijos, emparentado con Napoleón III, salta encima de una silla -como un mono-, para acallar el bullicio de sus invitados; alza la voz anunciando el acontecimiento más importante del momento:

—No importa que no hayamos podido llegar a tierra, aquí mismo, ahora, en medio de esta celebración, le voy a dar el honor a mi pequeña hijita, Totote, de apenas siete años —así como tú Kamalí—, de inaugurar la construcción del Canal por el istmo.

En ese entonces éramos territorio de Colombia.

La hija de Ferdinand, de rizos de oro, ataviada con un traje importado de París, haciendo gala de esa inmensa libertad de

espíritu de gran ciudad, igualando algún juego de infante, enterró el pico cromado —traído especialmente de Francia— en la arena amontonada en una caja de champaña vacía, dando oficialmente luz roja para iniciar el gran sueño del “Gran Francés”, su padre: El Canal interoceánico. Un auditorio eufórico y ebrio de coñac y champán la aplaudió vehementemente en ese barco fletado en alta mar.

El padre de la niña de rizos dorados, arropado con la capa de la fama y el éxito por la proeza de haber recién construido el Canal de Suez, a pesar de su ignorancia en las lides de constructor, huérfano de diplomas de ingeniería, nulo en asuntos administrativos. Pero eso sí, hábil e indiscutiblemente bien relacionado con los poderosos del momento; detalle envidiable que ostenta cualquiera que aspire a escalar socialmente.

En ese momento en que partían nuestra tierra en dos

-como un pastel de cumpleaños-, hecho que se convertiría en punta de lanza para que nuestra tierra jamás fuese ignorada, en las cuatro esquinas del orbe ocurrían hechos inigualables que jamás nadie ignoraría: Alberto Einstein aprendía a gatear, estrenaba sus primeros pininos; El Carlos Gardel de “Volver”, ese de “Mis Buenos Aires Querido” que se accidentó en los aires de nuestro cielo, abría los ojos a este mundo; Adolfo Hitler nacía a las seis y media de la tarde de un 20 de abril, de disciplina inaguantable, pendenciero, testarudo, soberbio y mal geniado, flojo y para ñapa soñador (dicen muchos que torpe y esquivo para gozar del favor de las mujeres; sus pasiones eran leer y seducir con sus dotes de orador); Sigmund Freud el “Darwin de la mente” con ese amor secreto hacia su madre dio pie al nacimiento del Complejo de Edipo.

Kamalí, extasiada sobre las faldas de su abuela, como la integrante de algún auditorio callejero que se agolpa alrededor de los cuentacuentos en las calles, escuchaba atenta. Parecía un radar en plena acción... Marquesa comía galletas y helado en su platito dorado.

Esta historia era de inmigrantes, de esclavos negros, de días injustos. Ella, Kamalí se embelesaba con esa entonación precisa, que a cada detalle de la historia, le imprimía su abuela, olvidándose de juegos y brincoteos de niñez para escuchar junto

a la perra fiel y juguetona esa historia de cuando aún sus padres no habían nacido.

Los indios, dueños de estos dominios, comenzaron a desaparecer sin control. Los conquistadores llegaron a estas tierras de clima encendido, de trópico ar-

diente. Los indígenas no aguantaron esa fusión con el colonizador, sus cuerpos de selva salvaje no entendieron, no aprendieron a lidiar con esas enfermedades extrañas y raras que los blancos españoles les trajeron como regalo y que hacía que murie-



ran sin remedio; no soportaron ese trabajo forzado e inclemente dentro de las minas excavando el oro que el colonialista pretendía llevar a Europa acrecentando sus riquezas. Claudicaron ante el trabajo duro y prolongado casado con el trato despiadado, comenzaron a rendirse ante el vasallaje y empezaron a morir, a morir sin remedio al punto de que se inicia una extinción galopante de los indígenas.

Entonces, el colonizador resolvió -como quien dice *Rey muerto, Rey puesto*-, suplir los brazos, los cuerpos que enterrarían en los cañaverales, en las minas de oro, en sus dominios. Comienzan, en aquel tiempo, a poblar América y a Europa de África. Irrumpieron en África... Llegaron y arrancaron a su gente, como a esos árboles vetustos, asidos a las profundidades de la tierra, que arrancan de raíz. Amarrados por el cuello, atados unos a otros, apiñados en chalupas regadas a las orillas de los mares africanos, para depositarlos cual mercancía en los galeones con rumbo a Europa y América: Cuba, Brasil, Perú, Francia, Colombia, España, Puerto Rico, Honduras, Argentina, Inglaterra, Chile, Venezuela, islas del Caribe. En fin, a todo lo largo de cualquier territorio que tuviese costas y que el mar y las palmeras fueran su flanco. Por un rosario de mundos infinito. Llegaban casi desnudos, viajaban apiñados como sardinas en lata, asustados, maltratados, vejados física, moral

y espiritualmente, remolcando el dolor, arrastrando la nostalgia, añorando la tumba de sus ancestros que habían dejado kilómetros y kilómetros atrás, como cuando sales de viaje expatriado dejando todo a tus espaldas, dándole un apretón de manos a la injusticia, a la ausencia de humanidad..., como en una película de terror en que los extras participan gratis.

El Vía Crucis, el verdadero martirio, comenzaba cuando pisaban tierra. Eran sujeto de trabajos sin límite de tiempo diario, bajo el inclemente sol, bajo la más torrencial lluvia, fustigados, los reyes del abuso extremo, de crueldad sin límites. Pero con todo el control y el “ojo al Cristo” que había sobre los negros esclavos, la valentía se imponía y algunos, sin importar consecuencias atroces, escapaban del cautiverio huyendo, refugiándose en la espesura de la selva, en lugares montañosos, apartados y aislados; en espesos matorrales de difícil acceso para sus captores.

Cimarrones, los llamaban: Hombres ariscos, bravos y feroces dispuestos a todo por su libertad.

Palenques eran los sitios que construía el miedo y al mismo tiempo la valentía y el arrojo.

Ahí en esos refugios reconstruían su pasado, atesoraban su historia, su cultura; se aseguraban de proteger esos territorios convirtiéndolos en guaridas sagradas. Grandes empalizadas de caña brava, como un rejón gigan-

te bordeando el área, parecían astas de banderas sin enseñas, alineadas, como zancos en feria. Lo suficientemente altas como para dificultar los malabares, el despliegue o las pretensiones de intrusos. Ahí dentro desvestían su verdadera identidad, esa que el español colonizador pretendía anular imponiendo su propia religión y cultura, pero el arraigo africano a sus raíces era fuerte como el color de su piel. No era fácil de roer. Sus cuerpos tenían precio, pero sus almas no se dejaban sobornar, permanecían cautivas por los espíritus de sus antepasados. Soñaban con esa brújula que su padre regalara a Einstein un día, en su lecho de enfermo, buscaban ese norte desesperadamente. Ese espacio vacío en que el genio científico reflexionó.

La espesura de la selva actuaba como cómplice a su clandestinidad, -como los niños con sus escondites secretos-, les permitía camuflar sus caseríos de bohíos, como en África, iguales, idénticos. Réplicas exactas de los poblados primitivos africanos. Ahí dentro de sus predios sembraron las semillas que ocultas en sus taparrabos arribaron a América: frutas, hortalizas, verduras, los espíritus de sus ancestros, vudú y magia, talismanes y amuletos, filacterias como tesoros. En esos palenques se escondían de los esclavistas, pero también de los piratas, corsarios y filibusteros ingleses que venían detrás del esplendor y las riquezas de los galeones español-

les. Y, por qué no decirlo, para desde lejos y con cautela al amparo de la fuerte protección que ostentaban los palenques, sopesar con vara la propuesta de trueque de estos piratas de sombreros alados, con plumas al viento, capas aterciopeladas como la de los toreros, ataviados con camisas de encajes y espadas afiladas con empuñaduras de oro, sedientos y hambrientos que pretendían acercárseles, ofreciéndoles joyas, pólvora, armas y ropajes suntuosos a cambio de que taquearan las bodegas de sus barcos piratas con agua y alimentos.

Muchas veces corsarios y cimarrones, con portes de reyes de ébano, de estatura imponente, pieles brillantes y seductoras con diminutas argollas adheridas a sus orejas prietas, entre actos teatrales y venias reverentes, fumaban la pipa de la paz, alzándose el humo blanco, sellando el trato en que *ipso facto* se intercambiaban la mercancía. Mientras tanto, Guardianes de Bucaneros y Cimarrones alerta, manos empuñando espadas simuladamente, como guardaespaldas de potentados, prestos a apagar, antes de encenderse, cualquier escaramuza, por incumplimiento de acuerdos verbales.

Pasaron siglos, Kamalí, siglos de opresión y latigazos. El africano con su mano de obra esclava enriqueció ciudades poderosas, cortando caña, amasando algodón, de sol a sol en minas de oro, lavando pisos de los amos,

tratados como trastos sin derecho a protección ni a soñar con propiedades terrenales. Soportaban como las hormigas guerreras que dejaron allá en el Congo.

Allá por los años 1800 y tanto, un francés interesado en aumentar sus arcas llamado Philippe Jean Bunau Varilla estampa en una estampilla la imagen floreciente de nuestro Imponente Arco Chato, la promueve como símbolo indiscutible de la resistencia de nuestro istmo ante los remezones de la tierra. Pretendía derrotar como en un cuadrilátero boxístico a un contrincante peligroso, competidor que resultó derrotándose a sí mismo, como los porteros que meten goles en su propia portería, favoreciendo al contrario : El Momotombo. Bunau Varilla había trabajado con los franceses, pero debido al fracaso del canal Francés se cambia a toldas norteamericanas. (Como esos seres que se cuadrán con los vencedores después de haber peleado de los perdedores). Vence entonces por decisión unánime y se alza con la victoria ante las pretensiones de Nicaragua y México de que atravesaran sus tierras con un canal. Quedan *vestidos y alborotados* como dice el dicho.

Acontece entonces que los franceses emprenden su peregrinaje hasta nuestras tierras para iniciar la Gran Obra. Se repite la historia. Nuevamente, apiñados en vapores como una oscura mancha colectiva, como un gran lunar negro, en condiciones pau-

pérrimas fueron traídos los negros, ya no de África directamente, de un poquito más cerca; esta vez más vestidos, menos asombrados; esta vez más culturalizados a la europea, a la española, a la inglesa, resistiéndose a la negación de sus costumbres ancestrales, de sus prácticas religiosas, a la privación de su identidad. Esta vez procedentes de Martinica, de Jamaica, de las Antillas, de Barbados. Establecieron viviendas iguales, las mismas: bohíos, chozas con techo de pencas y paredes empalizadas (las mismas de África, como en África) hechas de madera de los árboles que bordeaban la gran zanja que más tarde cobraría sus sudores, sus vidas, su trabajo inclemente de sol a sol: El corte Culebra.

Armaron un caserío en medio de la selva indómita todavía, esa que ellos mismos se encargarían de domesticar. Un poblado en medio de la insalubridad, rodeado de mosquitos y abanico de alimañas que no permitía entender quiénes eran humanos y quiénes animales. Ahí, alrededor de la obra, entre grandes charcas de agua enlodada a causa de la remoción de esa montaña de tierra y piedra indomable produciendo ciénagas placenteras para el alojamiento del anófeles. Los negros descendientes de esclavos africanos, *libertos* ahora, trabajaban desde cuando el sol brotaba al comenzar el día, hasta después de que se ocultara en el ocaso; bajo crudos torrenciales, sin za-

patos, sin camisa, con los pantalones remangados, sin horario, sumergidos hasta la cintura y hasta el cuello según el charco, mezclados con la tierra ocre y el fango chicloso paleando tierra, llenando trenes de tierra, sacando cubos de lodo, convirtiéndolos en una sola masa: lodo, ellos, charcos, peligro, mosquitos, insalubridad, en una tarea de nunca acabar.

No encontraban el momento de secar la ropa, sólo eran propietarios de un incipiente número de mudas. Entre los recios aguaceros prolongados por días y noches sin contar con nada más que los puños de sus mujeres para torcer la ropa. Así mismo, sobre el cuerpo mojado del baño diurno para emprender la faena, sin secar el cuerpo se colocaban las ropas mojadas del día anterior, que nunca se secaron, para iniciar así empapados, temprano, al día siguiente el trabajo, como en una ruleta que jamás se detenía.

Improvisaban sitios en el área de excavación para tomar breves descansos que no eran permitidos. Algunos caían ahí, *in situ*, muertos. Los jefes sonaban un silbato prolongado (como el silbato que salvó a Rose de morir en el naufragio del Titanic) para que cada quien recogiera sus muertos, para que enterraran a sus negros. Los que tenían la suerte (todo era el día a día) de llegar a sus chozas en las laderas del Chagres a tomar el descanso nocturno, que interrumpían cuando aún los pájaros dormitaban, se entregaban

al breve sueño abrigados con una taza de té hirviendo de raíz india, cuyos restos permanecían en el tazón de lata, sobre cajas de manzanas vacías volteadas, que hacían de mesitas de noche, manzanas que los franceses servían en sus opíparas mesas.

Los franceses, convencidos de que acá en esta tierra caliente sucedían —como en Europa— el cuarteto de estaciones: invierno, verano, otoño, primavera, se armaron de abrigo de pieles esperando la nieve que caería de los cielos, sacando a relucir palas especiales para remover montañas de nieve, montaron en barcos franceses, directo al corte culebra, maquinarias para palear nieve, para trabajar en arena. Pensaban tal vez en Hitler cuando se veía obligado a trabajar, paleando nieve en las aceras para sobrevivir, para poder comer. Pareciera que no hubiesen visto esa tierra que se te arraiga, púrpura intenso que bordea el Chagres. Despilfarrando los dineros en maquinarias y herramientas inservibles para nuestro clima. Era como estar en el polo norte en bikini.

El Gran Hotel Central, en que se hospedaban los parisinos de alto rango, ostentaba una escalera central deslumbrante, en medio del gran salón (traída especialmente de Nueva York en un gran barco), con pasamanos brillantes y relucientes, rocambolescos, de arquitectura elaborada y exquisita, pendían de sus techos arqueados, como en techumbre

de templos, lámparas con lágrimas de cristal parecidas a los teatros de Europa cuyos destellos esparcían un envoltorio aurea glamorosa que amparaba el salón de juegos para invitados selectos, atendidos por expertos croupier de pajarita y banda en el antebrazo. Recordaban a Gardel con su pelo engominado bajo el sombrero Fedora coqueto, parodiando a un hampón, a un gangster seduciendo, azuzando sensuales cadencias, fundiendo cuerpos, contoneándolos, sin más remedio que el galanteo agresivo y seductor: *la noche que me quieras/desde el azul del cielo,/las estrellas celosas/nos miraran pasar/y un rayo misterioso/hará nido en tu pelo/luciérnagas curiosas que verán/que eres mi consuelo.*

Era en suntuosas tinajas de mármol, que engalanaban las espectaculares habitaciones, donde los consortes y sus parejas se bañaban en aguas perfumadas con fragancias parisinas para aparecerse a las riveras del canal elegantes y perfumados empuñando rimbombantes sombrillas francesas, contrastando con la incipiente ropa raída y empapada de los trabajadores negros del canal; sin saber, irónicamente que a los mosquitos les encantaba el perfume y que precisamente ese despliegue de ciudad floreciente se ensañaría con ellos haciéndolos caer muertos como moscas por la fiebre amarilla.

Dice el dicho, hijita... -La abuela baja la mirada y se topa con Kamalí dormitando ya, la

voz de su abuela actuaba en ella como un somnífero gratificante, como un hipnótico, como una droga, como el opio, como esos aromas que vas detrás sin importar adonde te lleven. Continuaba contando la matriarca de la casa, porque ya no se podía detener... El perfume, los mosquitos y los franceses eran algo así como *Cría cuervos y te sacarán los ojos*, La fiebre amarilla los exterminó como en la Alemania de Hitler.

¡Cuentan y cuentan muchas historias del Gran Hotel Central! Decían que por las noches deambulaban fantasmas. Iban y venían, mujeres vestidas de caribeñas, con la cabeza amarrada con pañuelos de colorines, con colores calientes como su raza, collares emblemáticos de su estirpe africana -parecían salidas de las hermosas pinturas del pintor de lo cotidiano: Eugenio Dunn-. Collares, muchos collares entrelazados alrededor de sus cuellos prietos como piedras ónix, con sus trajes largos, anchos, de mil colores, faldas multicolores haciendo honor a sus antepasados, resaltando su linaje, estampando su vegetación, lo salvaje, lo indómito de la tierra africana; recordando sus ritos, sus rezos, protestando por la injusticia. Apariciones se adueñaban de los pasillos del Gran Hotel, se veían sombras de hombres negros danzando alrededor de fuegos ardientes, lanzando lanzas y flechas, gacelas escapando, elefantes en manada, leopardos agazapados. Los veían en medio

de rituales rogándole a la luna, implorándole a los espíritus de sus antepasados la liberación del invasor, en medio de ritos, de rezos, en medio de sacrificios tribales de la raza africana exorcizando los espíritus de la opresión. Se oían cantos de angustia, cantos de nostalgia, susurros de protesta, en swahili, su lengua materna.

Mimi Kabila yangu ya kurudi

Mimi kurudi katika nchi yangu

Mimi nataka kurudi Afrika

Mimi ni nani?/Mimi ni nani sasa?

Nasikia baba yangu

Afrika nyuma yangu, kuja nyuma yangu

Mimi nataka kukimbia, mimi kutoroka

Njoni kwangu, wapenzi Afrika.

No sabemos si hubiese sido necesario consultar a Sigmund Freud (sin importar el día en que sorprendió a su madre totalmente desnuda, carcomiéndole un amor secreto y una pasión erótica hacia la responsable de sus días, corriendo entonces a formular la propuesta del Complejo de Edipo), para que intentara salvaguardar la mente de los africanos esclavos en la negación de su fatal destino. Las noches del Gran Hotel eran intranquilas, escalofrantes, se escuchaban gritos desgarradores de los negros caribeños sucumbiendo en la gran zanja canalera. Sangre, sudor y lágrimas mezcladas con la tierra de la

Gran Maravilla Francesa.

Mientras en Paris el Cancán y el Moulin Rouge estaban en su apogeo, acá en América la sangre de los negros se mezclaba con la de los españoles y la de los indios como transfusión de sangre, como ese plato panameño divino llamado guacho. Comenzaron a dejar su impronta parecido a ese mismo sello que fijaban a sus cuerpos los colonos esclavistas. Como el río que va a parar al mar y se confunde. Los dioses, los Cristos comenzaron a ser negros.

La música (el mambo, el tango, la charanga, la zamba, la salsa, el congo, la cumbia, la guaracha, el merengue, el bossa nova) se contagió de esa calentura ardiente, de esa cadencia de orgía, de ese ritmo infalible, de ese sentir clarividente, de ese frenesí salvaje. *Zaminamina, zangalewa/ porque esto es África/zaminamina, eh, eh/zaminamina, zangalewa/esta vez es por África.* El waka waka de Shakira.

Más nunca la música fue la misma. El africano la cambió. Kamalí se miraba en los ojos miel de su abuela, cuando le decía: Escuché decir a alguien alguna vez que la música envuelve historias, que refleja mundos. No se equivocó, Kamalí, es así.

Los instrumentos musicales: la marimba, el tambor, los platillos, los instrumentos de viento airearon sus vientos, el piano tocó algo más que las sonatas de Beethoven. Los timbales esos que llenaron de fama a Nicky

Marrero, a Roberto Roena y a los bongos de la Fania, las voces de la salsa, la trompeta vibró distinto, el saxofón deleitó con su jazz acunando dedos ágiles y cadenciosos de descendientes africanos.

Hubiese querido Adolfo Hitler, como en aquellos tiempos con que soñaba ser artista, pintar escenas de parejas africanas enrollándose en esos bailes sensuales, los más eróticos del mundo.

La comida fue cogiendo sabor, fue transportando paladares a esferas insospechadas. El sancocho panameño: La gallina, el ñame, el maíz (español, africano, indio.)

El negro llegó, caló y se quedó.

Y así pues, Kamalí, linda niña, perecieron miles y miles en la construcción del canal francés, burlonamente, como el espíritu burlón de la canción, causaban ellos mismos esas muertes por insalubridad y desatención de las necesidades de los trabajadores negros del canal. A pesar de contar con los mejores hospitales, los mejores médicos llegados de Francia, no daban con el problema, no podían descubrir la causa de tantas muertes. ¿Será linda niña, que en las aulas de las universidades francesas jamás consideraron que en el trópico había vida y mucho menos que pudiesen osar existir enfermedades diferentes a las de París?!... Pensaban que eran las hormigas las que ocasionaban la fiebre amarilla, y para erradicar a la supuesta hormiga asesina co-

locaban baldes de agua a la pata de las camas en los hospitales para que la hormiga intrépida se ahogara... la que se ahogaba era la vida. Si no morías visitando a tus enfermos, morías en la cama de hospital. Esa misma agua estancada en los baldes era criadero seguro de larvas de los mosquitos. Era como proporcionarle un gran útero a un gran monstruo, una gran matriz al mosquito asesino. Era como darle la pistola cargada a un criminal que te ataca. Además los grandes charcos de agua de lluvia estancada a causa de las excavaciones de la zanja que pretendían domar, era vivienda gratuita para los hematófagos. Pero... Pero... había un dato curioso, parecido a esas teorías incomprensibles de los grandes pensadores. El mosquito picaba a los negros y para ellos era como un pellizco amigable. ¡¡¡Ni fu ni fa!!!. No les hacía efecto mortal alguno. Tenían una inmunidad natural, tal vez porque no eran enemigos desconocidos, compartían territorio allá en las sabanas africanas. Tal vez, quizás, por ese mestizaje con los indios llamados mosquitos. Tal vez esa condición les dio el pasaje expedito a la inmunización. Pero, no lo creas del todo Kamalí, la gente se hacía mil suposiciones. Era su derecho. En cambio lo que sí era seguro era que los mosquitos se ensañaban con los franceses matándolos a causa de la fiebre amarilla sin compasión. Los exterminaban sin miramientos como en los campos

de concentración del führer. Los mosquitos infectados iban picando, a uno y a otro, como pájaros polinizando flores.

En los corrillos de Europa se decía que Panamá era el lugar más insalubre del planeta y que un hombre blanco debía evitar plantar bandera en esta tierra.

Reinó el despilfarro y la corrupción de los franceses en cuanto a la administración del dinero destinado al canal: viajando a cada rato a Francia como de aquí a La Chorrera, haciendo gala de mansiones, como la del director general Dingler en las laderas del Cerro Ancón (se le llamó “la locura de Dingler” por su majestuosa apariencia, mansión que, para colmo de males, nunca ocupó). Este mismo Dingler se atrevió a decir que eso de muerte por fiebre amarilla era una fábula, que las muertes ocurrían por borracheras y vidas disipadas. Se cumplió aquello de que *De esta agua no beberé*. La pelota se le devolvió como un bumerang, como en un juego de frontenis: al poco tiempo murió de fiebre amarilla la hija, después el novio de la hija, más tarde el hijo y finalmente murió la esposa de Dingler de fiebre amarilla. Toda su familia pereció, como los barcos que naufragan. Quedó ingrimeo. Volvió a Francia con la mente endeble.

También sucumbieron gran cantidad de negros, los atacó una forma virulenta de malaria, que llamaron la “fiebre del Chagres” expiraron ante ese hostil intruso

que resultó ser verdaderamente mortal.

Cuentan los que vivieron en esa época que un solo panameño trabajó en el canal francés. Ese trabajador solitario -solitario como el llanero solitario- fue Pedro J. Sosa.

—¡Kamalí, Kamalí, despierta!, recuerda: a esas aulas debes regresar el próximo lunes. Es tu escuela querida Pedro J. Sosa.

Las mujeres negras también tenían tareas que cumplir. Con sus pañuelos multicolores amarrados a la cabeza recolectaban baldes de piedras por un real, por cuatro centavos transportaban baldes de agua limpia que recogían de los pozos naturales de las montañas de los alrededores. Lavaban rumas de ropa en el Chagres, cargando baldes apretujados con ropa mojada sobre las tortas de trapo que enmucaban sobre sus cabezas de cabellos en sortijados arropados con coloridas pañoletas. Iban en grupo, bajo la vigilancia de sus hombres que remoloneaban alrededor en canoas con remos de palo como los perros que marcan territorio. Como los polizontes de hoy que patrullan mares en busca de pillos marinos.

—Pero, abuelita, -le pregunta Kamalí, vivaz, saltando como un resorte— ¿qué hacían los trabajadores negros del canal con el dinero que ganaban trabajando?

La abuelita de cabellos canos y lacios, entonó un suspiro, estiró las piernas dormidas por

el peso del cuerpo de la niña curiosa sobre ella, miró a lo lejos... meditó unos instantes... Al rato:

No había entidades bancarias, nadie se preocupaba de lo que hicieran los negros antillanos con su dinero, así que a muchos les picaba la plata en las manos despilfarrándola en juegos de azar, en mujeres del mal vivir. Las hetairas resurgieron como en tiempos antiguos, igual que un veranito de San Juan. Otros, un poco más precavidos, improvisaron caletas debajo de las tablas de sus viviendas, guardaban la plata en latas, enterrándolas en los patios, diseñaban cual artistas diestros trancas secretas en lugares estratégicos de los muebles domésticos. En los frondosos árboles colocaban cajas de metal, como cajas fuertes, a horas en que todos dormían, con sigilo, celosamente. Construían escaleras con retazos de árboles silvestres para trepar a las alturas a contar sus dineros. Como los pollos que se retiran a la espesura de los frondosos árboles antes de que se oculte el sol. La imaginación volaba, los dineros quedaban a buen recaudo.

Y así, entre el despilfarro, la mala administración, la mortandad sin control, los franceses

claudicaron, recogieron sus tílices y regresaron a París entre amenazas de juicos y promesas de encarcelamientos en La Santé.

Cuando a Roosevelt, presidente de los estadounidenses, le informaron del porqué del fracaso Francés en la construcción del canal, sorprendido espetó:

—¿Por un mosquito?!

La abuela -con su falda colorida y su pañuelo de mil colores amarrado a la cabeza por el que se le escapaban mechones lacios de entre la pañoleta multicolor dándole un aire de gran señora-, le dio un beso a Kamalí, su nietecita más pequeña, la levantó en brazos, sus bucles azabache se balancearon como trapecistas estrenando escenario, la depositó en la cama — parecía una muñeca de trapo abandonada en los brazos de la madre de su madre-, arropó su cuerpecito de ébano, le dio un beso y apagó la luz. Marquesa, la perra guardiana, comía galletas embarradas de helado.

LUCÍA KUSIAL SINGH seudónimo de escritora, nacida en Panamá, titulada en Inadaptados Sociales e Infractores por la Universidad Especializada de las Américas. Ha colaborado con diferentes medios de comunicación escritos con artículos de opinión de temática social planteando problemas y soluciones. Autora de la obra *Atrapada en la Visita*, el libro de cuentos *Colores y Valores*, y la antología de cuentos "*Ciudad de las mil caras*".